

Aladino



Conversación con los lectores

Queridos amiguitos:

Dado el clamoroso buen éxito que ha obtenido ALADINO entre todos los niños del país, estimulando a esta revista para que se supere en cada nuevo número, hemos completado el plan que dimos a conocer a ustedes en el número anterior, referente a que nos envíen ideas sobre chascos a MATEITO, igualmente que salidas cómicas de ONDITA. En efecto, premiaremos con CINCUENTA PESOS cada tema que recibamos de ustedes y que los dibujantes MAS o MELITON aprovechen y se publiquen.

Además, para hacer merecido honor a la lectorcita o lectorcito que resulte premiado por su luminosa idea, mencionaremos su nombre al pie de la historieta respectiva.

De modo, mis amiguitos, que desde ahora mismo deberán darse a esta simpática tarea, que se las agradecemos de antemano y que pone a prueba al ingenio de ustedes.

Con nuestros cordiales saludos, será hasta el próximo viernes.

EL DIRECTOR

AÑO I

ALADINO

N.º 4

LA REVISTA MARAVILLOSA DE LOS NIÑOS

APARECE LOS VIERNES

Editores:

Carlos De Vidts Ltda.

Huérfanos 611 - Cas. 9795

Teléfono 32065

Santiago de Chile

Director:

Clemente Andrade, M.

Precio del ejemplar

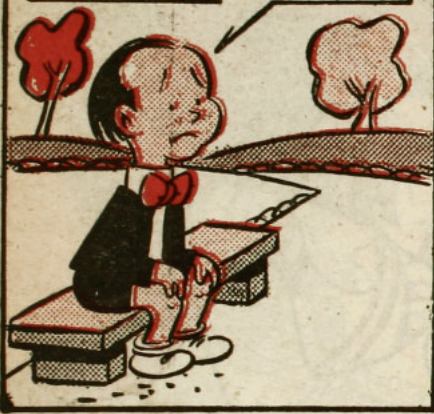
\$ 2.—

SUSCRIPCIONES

Anual, 52 Ed., \$ 80; Semestral, 26 Ed., \$ 45; Trim., 13 Ed. \$ 25.

TODA REMESA DEBE HACERSE A LA ORDEN DE LOS EDITORES

ESTOY MUY CANSADO
PERO DEBO PASEAR
CON ONDITA



IRE CON MI AUTO Y ASI
NO ME CANSARE MAS.



QUIERO PASEAR CONTIGO,
SUBE ONDITA.

¡ENCANTADA!



PERO PREFIERO IR A PIE
PARA LUCIR MIS LINDOS
ZAPATOS NUEVOS.





El Rey del Rio de Oro

Ilustraciones de Adduard

En una apartada y montañosa región de un país muy lejano había un valle muy fértil, rodeado por todas partes de rocosos montes. De uno de éstos caía un fragoroso torrente que formaba una bellísima catarata, que los rayos del sol, al atardecer, doraban fantásticamente. Por esta razón la gente de los contornos la llamaba el Río de Oro.

El espléndido valle, que había sido bautizado con el nombre de Valle del Tesoro, por sus abundantes cosechas, pertenecía a tres hermanos, llamados Simón, Juanón y Pepín. Los dos primeros eran los mayores, pero codiciosos y de almas negras. Perseguían a tiros a los pájaros y animalitos que solían colarse a su heredad, indignados porque éstos les comían algunas migajas. Sin embargo, poseían montones de dinero escondido por toda la casa y jamás se supo que hubiesen dado un centavo o un mendrugo de pan a un pobre.

El menor de ellos, Pepín, era todo lo contrario de sus hermanos. Tenía doce años y era bueno con todo el mundo. Por cierto que Simón y Juanón no le querían mucho, pues lo tenían para limpiar los pisos, lustrar sus zapatos y para que se comiese las sobras de la cocina. De postre solían darle una paliza.

Mucho tiempo siguieron así las cosas, pero vino un verano sumamente seco que originó grandes perjuicios en toda la comarca; sólo en el Valle del Tesoro, como de costumbre se salvó todo, haciendo reír de dicha a los codiciosos hermanos mayores, que pensaron vender toda la cosecha a doble precio.

Llegado el momento de llevar los productos al mercado de la ciudad vecina, Simón y Juanón se marcharon, dejando a Pepín encargado de asar una pierna de cordero y de no dejar entrar a nadie a la casa.

Al poco rato de estar el niño a solas en la cocina, sintió unos fortísimos golpes en la puerta.

—Debe ser el viento —pensó Pepín— ¿quién sino él se atrevería a golpear así, sabiendo lo terribles que son mis hermanos?

Sin embargo, al oír nuevamente los golpes, el niño se asomó a

la ventana, observando que no había sido el viento el de los llamados, sino un hombrecillo de no más de un metro de estatura vestido en forma rara y con un largo cucurucho en la cabeza.

—¡Hola! —exclamó el inesperado visitante—. Lluve muchísimo y estoy empapado como una esponja. ¿Qué esperas que no me invites a entrar?

—Perdone, caballero —dijo el niño— lo siento mucho, pero no puedo, pues mis hermanos me matarían a palos si lo hiciese.

—Tienes que hacerlo. Necesito estar bajo techo y secarme al fuego.

Pepin sin pensarlo otra vez, al ver que la lluvia arreciaba y que



el hombrecillo chorreaba agua por todas partes; decidió dejarle entrar siquiera por un momento. Abrió la puerta y, cuando entró el hombrecillo, una racha de viento sacudió la casa.

No tardó en fijarse el visitante en el asado que se doraba apeteitoso en el fuego, y haciendo un gesto de satisfacción exclamó:

—¡El asado parece estar delicioso! ¿Quieres darme una tajadita?

—Imposible, señor —contestó apeñado Pepin— mis hermanos se enfurecerían.

—Es que tengo mucha hambre —añadió el hombrecillo— ni ayer ni hoy he comido.

—Pero —interrumpió vivamente Pepin— mis hermanos me han prometido hoy una tajada, la que cederé a usted con muchísimo gusto.

—Eres un buen muchacho —repitió el hombrecillo.

Entonces el niño cortó una buena tajada de pierna de cordero y la iba a pasar al visitante cuando se oyó a los otros hermanos que regresaban. Pepin, asustado, volvió a adherir la tajada al asado, con la mayor exactitud posible y corrió a abrir la puerta.

Los hermanos entraron vociferando porque habían tenido que esperar unos segundos bajo la lluvia y cada uno de ellos dió un bofetón en la mejilla al pequeño. En seguida Juanón, viendo al curioso hombrecillo que estaba junto al fuego, tomó uno de los fierros con que se escarba el fogón y lo levantó amenazadoramente sobre Pepin, gritando:

—¿Quién es ese hombre? ¿Por qué está aquí?

Pepin habló a sus hermanos con acento suplicante, diciéndoles que ese pobre hombrecillo estaba tan mojado que no le había sido posible negarle la entrada. Pero Juanón, más enfurecido todavía, dejó caer el fierro sobre la cabeza de su hermano menor. Sin embargo, cuando ya el duro objeto iba a alcanzar al niño, el visitante interpuso su largo cucurucho contra el cual chocó el fierro, inundando la habitación de agua que se desprendió del curioso sombrero, mientras el fierro se escapaba de las manos de Juanón, volando como si tuviera alas y yendo a caer al rincón más apartado de la estancia.

Enojadísimo con lo que sucedía, Juanón se arrojó sobre el hombrecillo agarrándolo por el cuello. Pero apenas le hubo echado mano, salió disparado por el aire, lo mismo que el fierro, yendo a caer encima de éste, en el mismo rincón del aposento. Entonces furioso el otro mal hermano, arrojóse también sobre el hombrecillo, corriendo la misma extraña suerte del primero. Mientras los dos malos hermanos permanecían botados por el suelo, sobándose los chichones que se habían hecho al caer, el visitante les dijo con la mayor tranquilidad:

—Señores, les deseo muy buenos días. A las doce de esta noche



veivés a visitarlos y les dejaré una tarjeta con mi nombre.

Y diciendo esto, el hombrecillo salió de la casa, cerrando la puerta con gran estrépito, y al mismo tiempo salió por la ventana un verdadero chiflón de viento.

Por la noche, a las doce, bramaba el viento y la lluvia caía a torrentes sin cesar. De pronto, un relámpago iluminó la estancia y los hermanos vieron aparecer sobre la mesa una tarjeta que decía: **SOY EL VIENTO SUDOESTE.**

Con la llegada del día, después de aquella borrascosa noche, los malos hermanos se asomaron a la ventana, viendo con horror que el Valle del Tesoro era una masa informe de ruina y desolación.

Viéndose completamente arruinados Juanón y Simón, decidieron utilizar algunos objetos de oro que poseían, derritiéndolos y mez-



clando el oro con metales de mucho menor valor, a fin de engañar a la gente que les comprase las cosas que pensaban fundir. De esta manera fundieron todo el oro que poseían, hasta que llegó el momento en que sólo les quedaba un gran jarro que Pepín quería mucho porque se lo había regalado su padre.

Cuando sus hermanos decidieron fundirlo, Pepín se echó a llorar; pero éstos se rieron a carcajadas y se fueron a divertir a la taberna, dejando al niño encargado de verter el oro fundido en los moldes correspondientes. Apenado Pepín por la pérdida de su jarrón se fué a sentar junto a la ventana. Miró el río que por las tardes el sol le hacía parecer de oro y al verlo tan hermoso exclamó:

—¡Ah, qué maravilloso sería si ese río fuese de oro realmente!

—No, Pepín, no; no lo creas —dijo una voz bien clara a su oído.

—¿Quién habla? —preguntó sorprendido el niño.

—Sácame, que no me ha pasado nada. Tengo mucho calor puesto al fuego.

Haciendo un violento esfuerzo, recobró Pepín el movimiento de sus miembros, pues se había quedado inmobilizado por la sorpresa de oír aquella voz que salía del crisol donde estaba el jarrón de oro derritiéndose. Tomó el recipiente y lo volcó como para vaciar el oro. Pero en lugar de un chorro de metal líquido, salió de él un enanito dorado, de menos de medio metro de altura que dijo:

—Soy el rey de lo que ustedes llaman el Río de Oro. Si antes parecía un simple jarrón, era porque estaba bajo el maleficio de un terrible enemigo. Pero tú, jovencito, acabas de librarme de tal encantamiento y debo premiarte; atiende pues, a lo que voy a decirte: El que suba a aquella montaña, de la que cae el Río de Oro, y vierta en su corriente, en el sitio donde nace el agua, tres gotas de savia de la parra que hay en casa de tu buen vecino, convertirá en oro las aguas del río. Pero si alguien vierte en el río otra savia líquida que no sea el que te he indicado, se transformará en piedra negra.

Dicho esto, el Rey del Río de Oro, se esfumó, como evaporándose

Momentos después llegaron a casa Juanón y Simón, y al enterarse de la desaparición del jarrón de oro, golpearon a Pepín, sin creerle la extraordinaria historia que les contaba. Sin embargo, más tarde los dos malos hermanos discutieron sobre las probabilidades de que aquello fuese cierto, pues sabían que el niño siempre decía la verdad, y terminaron peleando entre ellos. El ruido que armaron fué tan grande que alarmó a los vecinos, que enviaron a buscar a los guardias.

Juanón logró escabullirse, pero Simón fué enviado a la prisión. Entonces el primero de los malos hermanos fué a casa del vecino en busca de la savia de la parra, pero éste se opuso a dársela. Juanón,



exasperado, golpeó al vecino y robó la savia suficiente para llenar una botella, marchándose inmediatamente a la montaña donde encontró a un pobre anciano, derribado sobre las rocas.

—¡Agua! —exclamó con voz débil, el anciano— ¡Agua, por piedad, que me muero!

Pero Juanón siguió su camino, sordo a los ruegos del pobre viejo, hasta llegar al sitio donde nacían las aguas del río, donde arrojó con mano temblorosa el frasco con la savia.

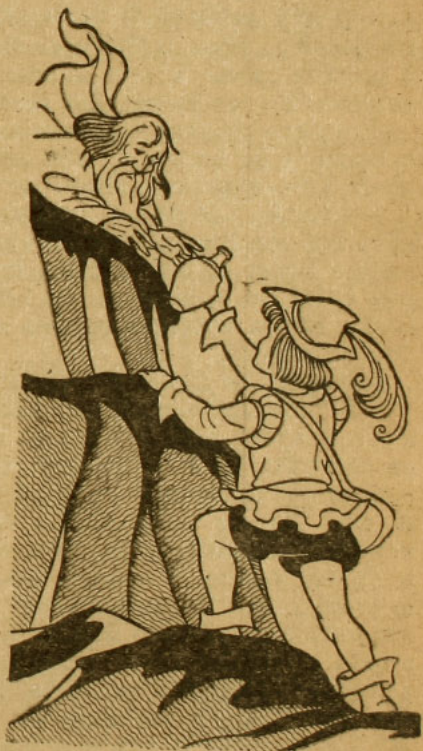
En ese mismo instante un horrible escalofrío estremeció su cuerpo, vaciló, lanzó un grito y cayó al torrente, convirtiéndose en piedra negra.

Cuando Pepín se dió cuenta que su hermano Juanón no había regresado de la monaña fué a visitar a Simón al presidio para contarle lo ocurrido. Este se alegró mucho de saber que su hermano se había convertido en piedra negra, pues todo el oro sería para él. Pagó una fuerte multa al juez y salió en libertad, dirigiéndose a casa del vecino a buscar la savia de la parra maravillosa.

El vecino también le negó la savia, y Simón, dándole repetidos golpes, le obligó a que le entregase una botella con el preciado líquido. Corrió a la montaña, siguiendo la misma triste suerte del primero, al negar socorro al anciano sediento y a un niño que estaba más allá, en igual y penosa situación de sed y abandono.

Cuando vió Pepín que su otro hermano tampoco regresaba, sintió gran dolor y tristeza y decidió ir también a probar fortuna en busca del Río de Oro.

Fué inmediatamente a ver al vecino y éste, que siempre había querido al niño por su buen corazón, le regaló al momento una botella con savia de su parra. A la mañana siguiente Pepín se dirigió a la montaña, bajo un sol muy fuerte. Después de trepar muchísimo, sintió una espantosa sed, y se disponía a beber un poco de la savia, cuando vió al anciano que le pidió agua.



El niño no vaciló en alargarle la botella, diciéndole:

—Lo único que le pido, buen anciano, es que no la beba toda.

Pero el anciano bebió mucho y sólo dejó un tercio del contenido de la botella. Deseóle un feliz viaje, y Pepín reanudó su marcha lleno de satisfacción. Caminó otras horas más y aumentó su sed, de modo que nuevamente deseó beber. Al llevarse la botella a los labios, vió a un niño que yacía en el camino y le pedía agua.

No vaciló Pepín en ayudar al niño sediento, y aproximó la botella a los ojos de la pobre criatura, quien apuró su contenido.

Siguió su camino nuestro amiguito y al cabo de otra hora de marcha, su sed volvió a ser nuevamente intolerable; pero al examinar su botella vió que sólo quedaban en ella cinco o seis gotas y no se atrevió a beber. Y cuando volvía a colgarse del cinto su frasco, descubrió un perro que yacía sobre las rocas, jadeante.

—¡Pobre perrito! Si no le presto auxilio ahora, a mi vuelta estará muerto. ¡Que se lleve el diablo al rey y a su río de oro, que yo prefiero salvar a este animalito! Y abriendo el frasco, vertió su contenido en las fauces del desdichado can.

Entonces el perro dió un salto y se paró sobre sus patas traseras. Desapareció su cola y en tres segundos se transformó en el rey del Río de Oro, ante los atónitos ojos de Pepín.

—Gracias —le dijo el monarca—. Pero no temas nada por haber dicho que me llevase el diablo, pues has demostrado que tu corazón prefiere hacer el bien a llenarte de oro. Sin embargo, aun quedan tres gotas de la savia en tu botella. Arrójala ahora al agua y desciende por la vertiente opuesta de las montañas, al Valle del Tesoro. ¡Buena suerte!

Después, la figura del enano se fué borrando, hasta desaparecer.

El niño aproximóse entonces a la orilla del Río de Oro, y vió que sus aguas eran tan claras como el cristal. Y cuando arrojó en su corriente las tres últimas gotas de savia, tuvo no sólo la desilusión de que el río no se convirtió en oro, sino que disminuyó su caudal de una manera notable. Sin embargo, obedeciendo las órdenes del enano, descendió por la vertiente opuesta de la montaña, hacia el Valle del Tesoro. Y cuando descubrieron sus ojos el valle que desde el castigo del "Viento Sudoeste" se había conservado seco, arrasado e improductivo, observó que un río, parecido al Río de Oro se precipitaba desde las altas rocas, y corría subdividido en innumerables arroyuelos, regando su suelo, del que brotaban hermosas flores y árboles, espigas y mazorcas de apreciables frutos, volviendo el Valle del Tesoro a ser la rica y productiva tierra del pasado; de modo que para el buen niño, tal como lo prometiera el enano, el río se convirtió en un verdadero Río de Oro, al regar y hacer producir aquellas tierras, que le habían dejado de herencia sus padres.

F I N



LAS MANOS FEAS

—Mamá —dijo el niño mirando a la madre en la cara—, eres muy bella.

La madre sonrió complacida, pues es dulce el halago en los labios de un niño.

—Sí —continuó el niño— no hay en todo el mundo una mamá más linda... menos en las manos.

El radiante contento del rostro de la madre se veló un poco.

—No las mires, puesto que son tan feas —dijo la madre.

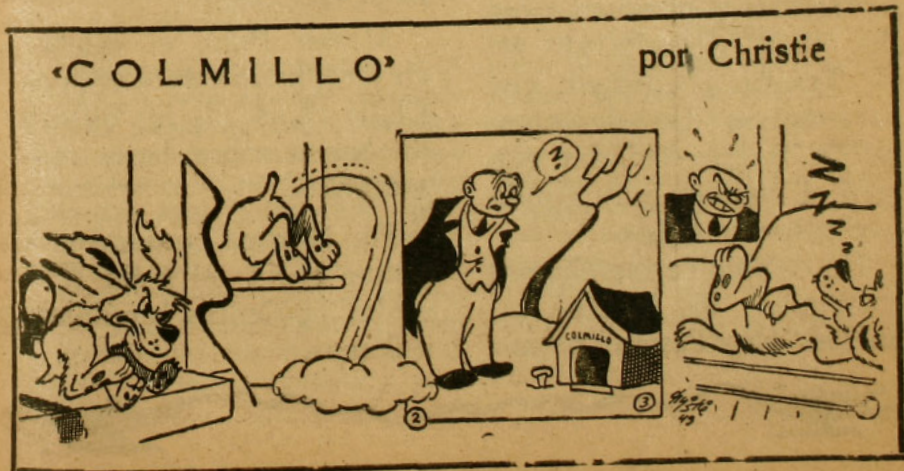
—No puedo evitarlo; cada vez que las toco, tengo que mirarlas; son manos enrojecidas y cubiertas de cicatrices. ¡Oh, si fueran lindas como tu cara!

El padre llamó aparte al niño, y le dijo:

—Te contaré una historia. Una noche, una criatura dormía en su cuna. Debido a un descuido tomaron fuego las cortinas que la rodeaban, y en un instante quedó envuelta en llamas. La no-riza saltó corriendo de la habitación, pero la madre se precipitó hacia la cuna y con sus blancas y delicadas manos apagó el fuego y salvó a la criatura. Esas manos recibieron terribles quemaduras; durante dos semanas estuvieron vendadas y sin poder hacer uso de ellas. Cuando al fin cicatrizaron las llagas, las manos eran...

El niño no esperó el fin del relato. Corrió a arrodillarse junto a la madre y tomándole las manos rojas y cubiertas de cicatrices, las besó repetidas veces, diciendo:

—Mamá, tus manos son las más bellas del mundo.



Casos y Cosas de Chile ★



Envíenos un caso o cosa de Chile, diciendo en hoja aparte, de dónde obtuvo la información, y si es publicada, ganará un premio de VEINTE PESOS.

Los casos y cosas premiados esta semana, son los siguientes:

En septiembre de 1609, con motivo de llevarse el Real Sello de un lugar a otro, encerrado en su cajita dorada, las calles de Santiago fueron engalanadas con flores, banderas y cintas, por orden de la autoridad. Y para que la fiesta fuera más completa, el Cabildo prohibió a los santiaguinos andar ese día vestidos de luto, bajo la pena de una multa de veinte pesos oro y de perder las prendas enlutadas.—RAUL CESPEDES M.

Coincidió con el Gobierno de Portales una enorme anarquía en la República Argentina. Entonces se le ofreció a éste que anexara a Chile las provincias de San Juan y Mendoza, aprovechando el caos de nuestros vecinos, pero Portales rehusó hacerlo porque aquellas provincias sólo habían figurado como chilenas en los tiempos de la administración española y por-

que estimó que la Cordillera de los Andes era la más perfecta frontera trazada por la mano de la Naturaleza.— BERTA AGUAYO LOPEZ.

El año 1844 se estableció por primera vez en el Congreso Nacional un servicio regular y constante de taquígrafos, que tomaban las sesiones y dejaban constancia de los debates parlamentarios. El periódico "El Progreso" estaba encargado de la publicación de los boletines detallados de las sesiones de ambas Cámaras.— LUISA GOMEZ RAVEST.

El año 1812, O'Higgins se retiró a su hacienda Las Canteras en vista del giro que tomaba la revolución chilena, que pasaba por un período de crisis. Sin embargo, al saber en marzo de 1813, que el general español Antonio Pareja había desembarcado en el sur del país para reconquistar a Chile, fué a ponerse a las órdenes de José Miguel Carrera, para defender la patria nuevamente amenazada.— ALIRO DIAZ WHITE.

¿Quién Inventó?

Los Billetes de Banco

Vamos a ver: ¿alguna vez pensó quién inventó los billetes de banco? ¿Quién inventó esos pesitos en pos de los cuales todo el mundo corre?... Es posible que no, porque la preocupación de conseguirlos es demasiado absorbente . . . Se lo diremos nosotros:

La invención de los billetes de banco proviene de la China. En los comienzos del reinado de Hian-Tsung, hacia el año 807 de nuestra Era, el emperador mandó que todos los comerciantes y personas ricas del país depositaran en el Tesoro el dinero que tuviesen, a fin de atender a las necesidades que creó el hambre muy aguda que entonces había.

En cambio de metálico se entregaban los billetes llamados "Fey-Tesian" o "mo-

neda volante", y aunque después de transcurridos tres años se suprimió aquella moneda en la capital del imperio, siguió circulando en provincias.

El año 960, Thai-Tsa—fundador de la dinastía de Sum—volvió a poner en circulación el billete, facultando a los negociantes para que depositasen el metálico en el Tesoro, donde se les entregaba, en cambio, unos billetes denominados "Pian-Thsian", o sea "moneda corriente".

Marco Polo, el célebre viajero, halló establecido en China el uso de los billetes de banco sobre bases más perfectas.

En Europa empezaron a usarse hacia el siglo XII en las opulentas repúblicas italianas.



LAS PANTERAS DE ARGEL

DE EMILIO SALCARI — ILUSTRACIONES DE
CARO GINEZ

RESUMEN: El barón Callos de Santelmo ha salido con el moro Zuleik del castillo de su novia, la condesa Ida, en busca de refuerzos, al ver que las Panteras de Argel se acercan en sus embarcaciones. En el camino Zuleik se rebela y ataca al barón, trabándose ambos en lucha con sus espadas...

Entonces fué Zuleik quien quedó completamente desconcertado, puesto que permaneciendo a caballo tenía pocas probabilidades de deshacerse del barón, el cual trataba de herir al corcel para hacer caer al jinete.

Resuelto el moro, sin embargo, a no soltar la presa, a su vez saltó de la silla, temiendo que su caballo cayera encima de él.

—¿Quieres dejarme el paso libre? —preguntó el barón, el cual pensaba con angustia que quizás en aquel momento los corsarios desembarcaban para asaltar el castillo.

—¡No! —replicó el moro.

Después, alzando la voz, gritó con voz de trueno:

—¡A mí, en nombre de Ala y de Mahoma!

—¡Ah, miserable! —gritó el barón— ¿Llamas a las gentes de la falúa?

—¡Dentro de poco estarán aquí y te arrancarán la vida! ¡Uno contra veinte no puedes resistir!

No obstante su bravura, el caballero sintió que un sudor frío inundaba su cuerpo.

Y no era la muerte lo que le infundía espanto; era el pensamiento de que los berberiscos asaltasen el castillo sin que su presencia pudiera infundir valor a los defensores.

Se arrojó contra el moro con furia irresistible, apelando a todos los recursos de la esgrima para acabar con su adversario. Atacaba con furor, menadeando las estocadas, y procuraba herir al moro en la garganta, único punto vulnerable.

Pero el moro se defendía con presteza, saltando a diestra y siniestra como un tigre cercado de cazadores. Unas veces paraba con la espada, otras veces con el puñal, y al menor descuido de su contendiente asaltaba con ímpetu salvaje y con una habilidad muy rara entre los berberiscos, los cuales no tuvieron nunca una verdadera escuela de esgrima.

Las espadas, manejadas por brazos vigorosos, despedían chispas, y las corazas, golpeadas con violencia, resonaban con fragor metálico que podía oírse a distancia.

De pronto el moro, que se había visto obligado a retroceder, se agachó rápidamente recogió un puñado de arena, y lo lanzó



al rostro del caballero con el propósito de cegarle.

Por fortuna, éste observó la estratagema y pudo resguardar los ojos. Exasperado por aquella nueva traición, cayó sobre el moro con tal ímpetu y le descargó tal mandoble sobre el yelmo que le derribó en tierra.

Ya iba a hundirle el puñal en la garganta, cuando diez o doce hombres surgieron de pronto sobre la playa aullando y gritando ferozmente.

—¡Los berberiscos! —exclamó el barón.

Indudablemente debían de ser los marineros de la falúa, atraídos hacia aquel sitio por los gritos de Zuleik.

Todos eran morenos y fornidos y llevaban en torno del yelmo un medio turbante multicolor, y bajo la coraza calzones

amplísimos, rojos y azules.

Viéndose en peligro de ser cogido, el caballero se batió prontamente en retirada, saltando a través de la duna con la agilidad de un antílope.

Como su caballo no se había alejado, en pocos momentos el barón se encontró junto a él y se lanzó sobre la silla.

—¡A escape! —gritó, clavándole las espuelas, mientras los berberiscos disparaban contra él dos o tres pistoletazos.

El corcel, espantado por aquellas detonaciones, dió un salto enorme y se lanzó en dirección al castillo, dejando muy atrás a los argelinos, que en vano trataban de seguir su carrera.

El joven barón, milagrosamente salvado de la emboscada que le había preparado Zuleik, miraba con ansiedad hacia

la ensenada y aguzaba el oído, pareciéndole escuchar el estampido de las culebrinas del castillo.

—¿Qué pensará de mi retraso la condesa? —se decía— ¿Cómo haber adivinado a un rival en ese moro? ¿Quiere robarme mi prometida? ¡Yo lo impediré! ¡Acaso en este momento mi galera corra en socorro nuestro! ¡La lucha será terrible; pero confío en que echaremos al agua a esos malditos!

A este punto llegaban sus reflexiones, cuando en lontananza, hacia la costa septentrional de la isla, oyó inopinadamente clamores seguidos de descargas de mosquetería. Además se oían aullidos salvajes, gritos de mujer, chillidos de niños y un fragoroso resonar de armas.

Se volvió para mirar en aquella dirección. Una luz vívida y rosada se reflejaba más allá del bosque de encinas, proyectando su resplandor hacia el cielo.

—¡Los berberiscos han asaltado la aldea! —murmuró con angustia— ¡Pobres mujeres! ¡Pobres niños! ¡Y no puedo hacer nada para socorrerlos! ¡He aquí nuevos esclavos y esclavas que irán a poblar los presidios y los harenes de los moros de Argel! ¡Sin la traición de Zuleik, habrían podido refugiarse en las costas de Cerdeña o esguardarse en el castillo! ¡Ah! ¿Qué pasa todavía?

Una voz había gritado en mal italiano:

—¡Alto!

En vez de obedecer, el caballero se afirmó en los estribos, recogió las riendas y levantó la espada.

Un pelotón de hombres, una media docena, había salido por entre los árboles que ocultaban el castillo por el norte.

Con una sola mirada, el barón adivinó con quién tenía que habérselas.

—Deben de ser compañeros de los que trataron de detenerme sobre la playa —murmuró— ¡Pues bien, pasaré por encima de ellos!

Viendo que no se detenía, los argelinos habían avanzado para cerrarle el paso. Tres de ellos estaban armados con alabardas, y los otros tres con cimitarras.

Encontrándose emboscados sobre el único paso que conducía a la ensenada, el barón estaba obligado, si quería volver al castillo, a afrontar la presencia de aquellos hombres.

Por otra parte, tampoco podía retroceder, puesto que a su espalda se oían las voces de los que habían acudido a la señal de Zuleik, y hacia el norte, los gritos de guerra y de muerte de los berberiscos que asaltaban la aldea.

No era posible vacilar.

De un espolazo hizo encabrirse al caballo, y de un disparo de pistola derribó a un hombre que ya le había puesto la alabarda al pecho.

Desembarazado de aquel adversario, que era el que estaba más próximo, el animoso joven





cargó sobre el grupo, alzándose sobre los yelmos y sobre las armas de los que iban contra él.

La audacia de aquel joven, que parecía una muchacha vestida de guerrero, produjo tal efecto sobre los moros —grandes admiradores del verdadero valor—, que quedaron como atónitos y vacilantes.

Aquella breve tregua bastó al barón. De una estocada derribó a otro moro que se disponía a coger al caballo por las riendas, y pasó como un huracán por entre los otros, haciéndolos huir atropelladamente.

—¡Esto se llama tener fortuna! —gritó el valiente joven con voz triunfante.

Detrás del bosque estaba el castillo. Pasó por entre las encinas a la carrera, y se encontró en la explanada, frente al

punto levadizo, en el momento en que desde lo alto de la terraza se oía una voz de mujer gritar:

—¡Pronto, Carlos! ¡Ya vienen!

Un disparo de culebrina resonó en aquel instante sobre la plataforma de la torre.

La condesa estaba allí, y le tendía las manos con un gesto desesperado, señalándole la plaza.

Infinidad de hombres surgían por todas partes, arrastrándose sobre la duna como si fueran serpientes.

—¡Apresuraos, Carlos! —gritó la condesa.

El puente levadizo acababa de bajarse conestrépito...

(Continuará)

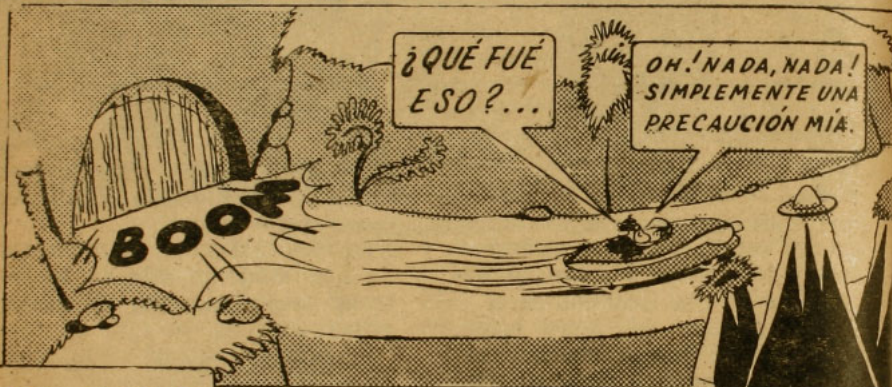
Mapuchín

por

E. ditare



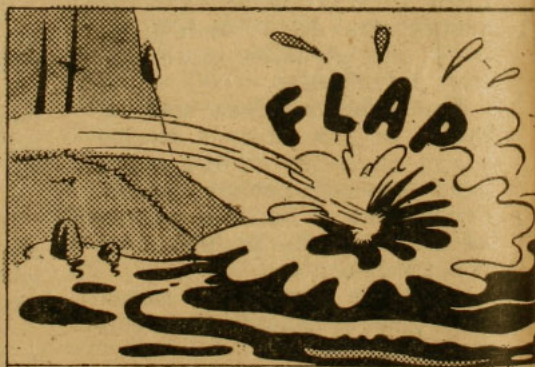
RESUMEN: MAPUCHÍN HA SUFRIDO YA ALGUNOS PERCANCES POR SEGUIR SUS IMPETUS AVENTUREROS. HA CAÍDO EN UN POZO DE DONDE ES SALVADO POR SIR LABARIO, MISTERIOSO Y PINTORESCO SER ...



¿QUÉ FUE ESO?...

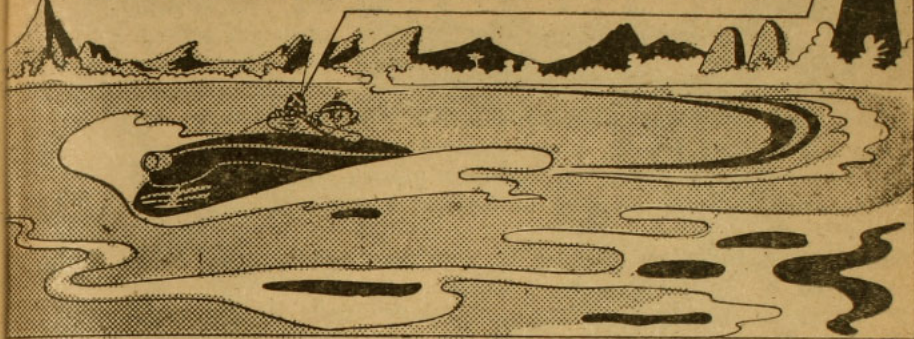
OH! NADA, NADA! SIMPLEMENTE UNA PRECAUCIÓN MÍA.

CERRANDO LA ENTRADA NADIE PUEDE



VENIR A INTRUSETEAR EN MIS DOMINIOS Y AL MISMO TIEMPO MANTENGO ALEJA-

DOS DE AQUÍ A LOS POSIBLES ESPÍAS QUE
PUEDA MANDAR "GRANFANTASMÓN" QUIEN
SOSPECHA ALGO; HOLA YA ESTAMOS LLEGANDO.



AQUÍ ESTAMOS A LAS
PUERTAS DE
PALACIO...

¿PALACIO?
PERO QUE
LE PASA SIR
LABARIO?...



TE RÍES MAPUCHÍN... AVER
SI DENTRO DE UN MOMEN-
TO ESTARÁS TAN SARCASTI-
CO E INCRÉDULO DE LO QUE
TE DIGO... AGUARDA!...

NENEEE

NENEEE!... A QUIÉN LLAMARÁ SIR LABARIO? PARECE
QUE NUESTRO HÉROE SE ESTÁ METIENDO EN UNA
VERDADERA "CAMISA DE ONCE VARAS" DE LA CUAL
NO SE PUEDE PREVER EL DESENLAJE QUE NO DUDA-
MOS SERÁ ALGO QUE... EN FIN, YA VEREMOS...

EL SUPER CONDOR

POR CLEMENTE ANDRADE M.

ILUSTRACIONES DE CARO GIMENEZ

RESUMEN: El Super cóndor, al llevar a Danilo a su morada secreta del Reino de Piedra, le cuenta cómo en ese lugar asolado por un cataclismo, él levantó un

mundo del futuro, gracias a su poderío sobrenatural. En seguida le pide que le ayude en la Lucha contra sus enemigos, a quienes escucha venir en esos momentos a atacarlo...

—Te llevaré conmigo, Danilo —agregó el Super-Cóndor— y te dejaré al abrigo de una roca para que veas cómo destruyo a mis enemigos. Por medio del "Ojo eléctrico" y del "Radar auditivo" sé que son dos los atacantes. Cada uno en un avión blindado. ¡Pero jamás descubrirán mi Reino de Piedra ni se llevarán su oro!

El Super-Cóndor se había erguido mostrando toda la perfección de su atlético y gigantesco cuerpo. En seguida, haciendo brillar en sus pupilas todo el poderío de su voluntad superior, dijo:

—¡Alas mías, crezcan!

Y sus alas aparecieron en sus espaldas, creciendo hasta llegar a su tamaño natural.

Danilo permanecía silencioso, sobrecogido de admiración. Todavía pensaba que todo aquello podía ser tan sólo un sueño. Una orden del amo del Reino de Piedra lo sacó de su abstracción:

—Toca ese botón, Danilo.

—Sí, Super-Cóndor.

—Se abrirá la puerta secre-

ta, que da entrada a mi laboratorio.

El suave ruido de los resortes se dejó escuchar mientras el muro de roca se abría dándonos paso, y cerrándose nuevamente.

—Partiremos desde aquella terraza, Danilo —manifestó el Super-Cóndor y, al llegar a ella junto a un gran abismo, tomó a Danilo como si no pesase más que una pluma y emprendió el vuelo, agitando suavemente sus alas. Luego, le habló, acercando sus labios a un oído de Danilo, para que éste le oyese bien:

—¿Los ves? Allá vuelan. Sin detenerme pasaré a dejarte sobre aquella roca y en ese lugar me esperarás. Yo me arrojaré contra los aviones.

—¡Buena suerte, Super-Cóndor! —dijo jubiloso Danilo, al sentirse posado con todo cuidado en la roca, mientras el Super-Cóndor adquiría una velocidad extraordinaria en su vuelo, pareciendo un torpedo aéreo.

¡Qué espectáculo más sobre-



cogedor fué el que presenci6 Danilo! Un avi6n enemigo se estrell6 contra esa verdadera bala humana, estallando en mil pedazos ante el feroz impacto. Sin perder un mil6simo de segundo el llamado del reino secreto arremeti6 con el otro aparato, pero 6ste lo esquiv6, vaciando sus ametralladoras. Pero lo alcanz6 un terrible alatazo, que le destruz6 la parte delantera, precipit6ndoo a tierra envuelto en llamas.

Los dos enemigos habian sido completamente abatidos por el sobrehumano personaje.

Luego lleg6 hasta la roca donde le esperaba Danilo, y sonriente exclam6:

—¡Ya viste c6mo termin6 con ellos! ¡Me es tan sencillo, pero mis enemigos todavía no se convencen, de ello y mandan

siempre sus aviones a atacarme!

—¿Qui6nes son estos enemigos? —interrog6 Danilo.

—Son los secuaces del sabio loco.

—¿Qu6 sabio loco?

—Am6n, el loco, que ser6 siempre mi enemigo mortal. Su sueño es capturarme vivo o muerto para poder estudiar mi cuerpo y mi poderío, pues anhela construir un Super-C6ndor para 6l, a fin de manejarlo a su gusto y hacer todo el mal que desea.

—Creo que eso no podr6 conseguirlo nunca —dijo con seguridad Danilo.

—¡Jam6s! —recalc6 el Super-C6ndor, y agreg6—: Descenderemos al fondo del barranco, para ver si alguno de mis enemigos qued6 con vida, pues al

enemigo hay que socorrerlo cada vez que sea posible. Pero tú, Danilo, debes mantenerte alerta.

—¿Por qué?

—Porque en esta región existe una tribu que vive en los árboles, como sus antepasados los monos. No sería raro que aquellos bosques que se ven al fondo sean verdaderas aldeas forestales.

Dichas estas palabras, el Super-Cóndor tomó a Danilo en sus fuertes brazos y descendió hasta el fondo del barranco, sitio que se extendía entre impenetrables selvas. Se acercaron al lugar donde yacían destrozados los aviones del sabio loco, constatando que los pilotos habían perdido la vida.

Danilo estaba muy impresionado; se encontraba ante hechos que jamás había pensado en su modesta vida de pastor del Valle Tranquilo. Algo amedrentado y buscando qué decir, levantó su rostro hacia el Super-Cóndor:

—¿Y dónde está la morada del sabio loco?

—En una isla submarina, en medio del océano—respondió el amo del Reino de Piedra.

—Nunca oí hablar de ella.

—Es completamente desconocida, amigo mío. Sólo se observa allí una gran rosa aflorando en las aguas y, a veces, ni siquiera se divisa, pues el sabio loco la disfraza y la hace confundir con el color del mar, con restos de embarcaciones

medio hundidas o con otra cosa cualquiera.

Danilo se había ido entusiasmado con el relato de su poderoso amigo y no pudo dejar de exclamar:

—¡Yo le ayudaré en su lucha!

—Gracias, Danilo. Confío en tí.

—Pero... yo soy un muchacho débil, ¿en qué podré servirle?

—En mucho, porque estoy seguro de que me serás muy útil en las más bravas ocasiones, por que yo —debo confesártelo— tengo también mi gran flaqueza...

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir? —interrogó con asombro Danilo.

—Hay veces —agregó lentamente el Super-Cóndor— que mis alas desaparecen solas, sin que yo lo quiera. Aún no he averiguado el motivo de ello, pero creo que son las emanaciones de una droga inventada por mi enemigo Amón, con la cual desea destruirme. Siempre que siento un olor extraño, pero conocido ya por mí, sé que me van a fallar mis alas.

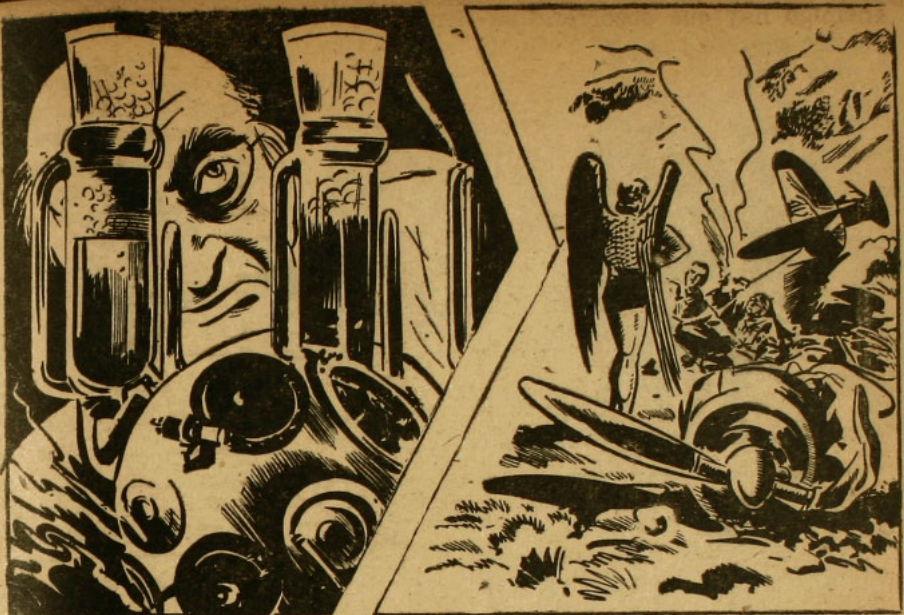
Y, al decir aquello, el sobrenatural ser aspiró inquieto el aire.

—¿Acaso lo está sintiendo en estos momentos? —inquirió preocupado el joven pastor.

—¡Sí! Es claro; es el maldito olor... ¡De ese avión destruido me ha venido una ráfaga!

—¡Regresemos al momento al Reino de Piedra, antes que le suceda algo malo! —manifestó





Danilo, visiblemente preocupado.

—Estamos en tierra, Danilo, de modo que nada temo. Seguramente no alcanzaríamos a llegar a mi morada. Si nos alejamos inmediatamente de este avión el olor de la droga del sablo loco no me alcanzará y seguiré siendo poderoso. ¡Vamos!

—¡Sus alas disminuyen de tamaño! —exclamó Danilo, mirándolas sin poder reprimirse.

—¿Viste moverse aquellas ramas? —fué la inesperada respuesta del Super-Cóndor.

—No me fijé —contestó Danilo, cuya preocupación aumentaba por momentos.

—Creo que los habitantes de este rincón desconocido del mundo nos espían... y ya estoy quedando sin alas... ¡Es mejor que no conozcan este duro trance que debo soportar

a veces!

—¿Qué haremos? —interrogó Danilo que sentía una enorme ansiedad ante ese inesperado suceso que afectaba a su extraño amigo.

Sin embargo, el Super cóndor con gesto sereno y dominio de sí mismo, exclamó con voz llena:

—¡Alas mías, desaparezcan!

Y mientras Danilo veía desaparecer las abatidas alas del amo del Reino de Piedra, también pudo observar que algo se movía entre las ramas de unos canelos cercanos. En voz baja se lo comunicó a su acompañante, y éste le respondió en el mismo tono:

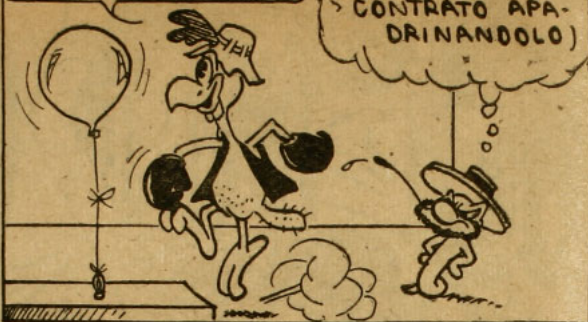
—Eso quiere decir que estamos rodeados. El estruendo de la caída de los aviones los atrajo.

(Continuará).

Pilucho El Pobre Pollo

MIRA CHIRIPA - YA
PUEDO TAMBALEAR
ESTE GLOBO DE GAS
-¿CREES QUE GANARÉ?

(POBRE IDIOTA-CREE
QUE EL BOX ES UN
BALLET Y PENSAR
QUE FIRME UN
CONTRATO APA-
DRINÁNDOLO)



A MI NO
ME DEJARÁ
EN RIDICU-
LO - YA SE
LO QUE
HARÉ

CLIP!



¿QUIEN OSA MOLESTAR A "GA-
RROTAZO-GAVILÁN?"

UN GU-
SANO

SPUFFS



CON SU DEBI-
DO RESPETO,
"REY DE LAS
ALTURAS"
ESTE MISERO
GUSANO DE-
SEA AUDIEN-
CIA



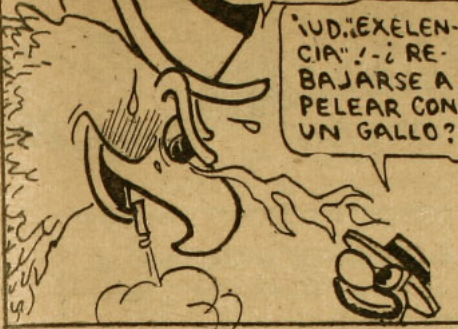
¿SA-
BES IN-
SENSA-
TO, QUE DE
UN SOLO
RASGUÑO
TE MATO?

SI MI GRAN SE-
ÑOR, PERO OS
TRAIGO UNA
"COPU-
CHA"



EL CRACK DE
LOS GALLOS:
"GALLITO-PUM"
DECLARÓ QUE
NO TEMIA A
LOS GAVILANES
Y EN ESPECIAL
A UD. MISMO

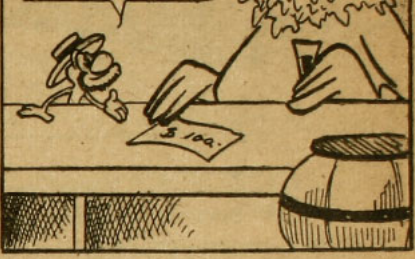
¿ESO DIJO? - ¡LO TRITURARE!
PARA PROBARLE
DE LO QUE SOY
CAPAZ



¡UD. EXELEN-
CIA! - ¿RE-
BAJARSE A
PELEAR CON
UN GALLO?

TIENES RAZÓN
- LO DESPRE-
CIARE

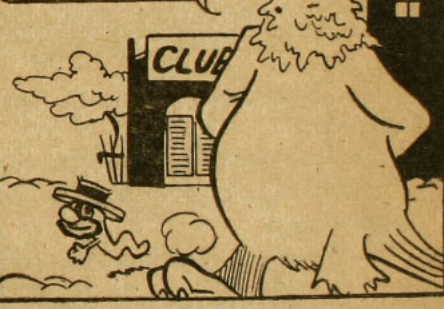
¿Y POR QUE
NO DEJARLO
EN RIDÍCULO?



EL DOMINGO PELEA-
RA' CON UN "POBRE
INFELÍZ" - SI DURANTE
EL MATCH UD. SE TI-
RA EN PICADA Y LO
NOCKEA ENTRE EL
TIERRAL - TODOS CRE-
ERAN QUE LE GANÓ
EL POBRE POLLO
¿VERA QUE
HUMILLACIÓN
PARA EL!



¿QUE IDEA ESTUPENDA! - JA'
BAJARE TAN RA-
PIDAMENTE
AL RING QUE
NI ME VERAN



LO QUE VALE
LA PSICO-
LOGIA



NO TE CANSAS
- APRENDE SOLO
A SALUDAR AL
PUBLICO:
GANARÁS AL
PRIMER ROUND.
POR KNOCK-OUT



¿
TAN
SEGURO
?

¡YA VIENE LA
PELEA!

Christie 179



Los Huérfanos del Circo

por Mencho



RESUMEN: Tony y Luna comieron ávidamente el plato de comida que les cedió el tony "Cucaracha", pero fueron sorprendidos por el empresario del circo. Los chicos huyeron y fueron a refugiarse en la jaula del león Menelik, hasta donde fueron perseguidos por su cruel amo. Luego, cuando Rivanti vino con la comida para la fiera, el empresario le dijo que ya Menelik tendría a los muchachitos por ración...

—Ellos dicen que están muy a gusto. ¿No es así, chiquitos míos?

—¡Sí! —fué la respuesta de Tony y Luna.

Rivanti, sin salir todavía de su asombro, meneó la cabeza, exclamando:

—¡Veo que se presenta aquí un caso de locura colectiva! Es mejor que le eche su ración a Menelik y me marche a mi carromato, antes que se me pegue la locura de todos ustedes.

—¡Qué vas a hacer! ¡Márchate de aquí, Rivanti, con esa carne, que el león hoy no la necesita.

—No me explico... ¿Qué es lo que pretendes?

—Que estos chacalillos salgan de la jaula... Y he descubierto que la única manera de conseguirlo es no dándole la comida a la fiera.

—No entiendo —manifestó Rivanti, rascándose la barbilla.

—No entiendes, ni entenderás nada jamás, porque tienes menos sesos que una gallina. Pero voy a explicarte: Si Menelik no cuenta esta noche con su ración acostumbrada no tardará en sentir un apetito terrible, y como no hallará sus presas de

todos los días, tendrá que coger lo que pille más cerca de él... ¡Y qué bocados más exquisitos que estos dos chacalillos podría servirse un león hambriento! ¡Están tiernos y bien cebaditos!

—Creo que estás procediendo tontamente, pero eres el amo del circo y aquí se hace lo que tú mandes. Bueno, me llevo la carne... ¡Pero piénsalo bien!

—No te preocupes, Rivanti, pues apenas estos chiquillos se den cuenta de que el león está con hambre, gritarán como unos condenados pidiendo que los saquen de aquí.

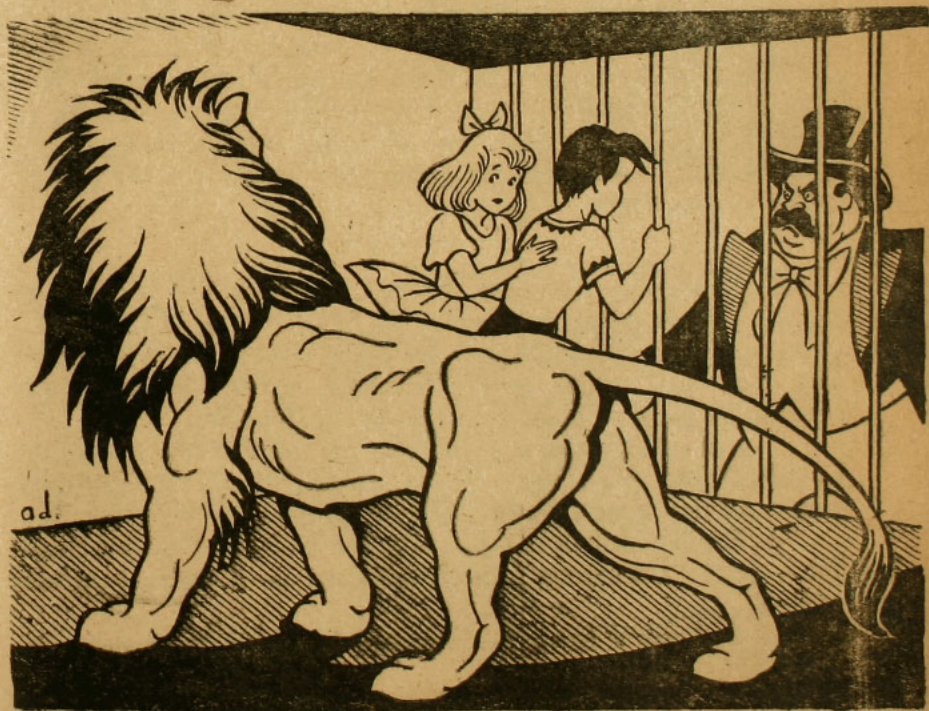
—También es cierto. Me voy a dormir —y diciendo tales palabras, Rivanti se marchó.

Cuando el empresario quedó solo frente a la jaula, dijo a Tony y Luna:

—Mis queridos pimpollos, ¿me harían el honor de salir de ahí y acompañarme a mi carro? Tengo una magnífica huasca nueva y quiero probarla en sus sonrosadas carnes. ¿Vamos?

—¡Nunca! —dijo el niño.

—¡Jamás! —agregó Luna.



—Muy bien; entonces le echaremos doble llave a la jaula, para que entre el menor aire posible, pues temo que cojan un resfrío —expresó con sorna el empresario, sacando su manojo de llaves y cumpliendo su amenaza. En seguida se alejó, fingiendo grandes bostezos y ganas de dormir.

Al quedar solos los dos niños, Tony preguntó a Luna si tenía miedo. La chica dijo que sólo un poquito.

—No tengas miedo alguno, Luna querida, pues Menelik es muy buen amigo. Ya verás cómo le hablo y nos entendemos.

Lo curioso fué que el león parecía estar entendiendo las palabras del niño, pues inclinaba mansamente la cabeza, como poniendo oído con mucha atención. Los niños se miraron alegremente al observar este hecho, y Tony dijo, dirigiéndose al animal:

—Menelik, pasaremos una agradable noche contigo. Luna y yo sabemos muchas historias de la selva; te las contaremos y tú evocarás los hermosos días de tu pasada libertad.

El león, como sintiéndose encantado por la presencia de aquellos inesperados compañeros, se tendió sobre el piso de la jaula, moviendo juguetonamente la cola.

Luna estaba maravillada, sin acertar a comprender como sucedía aquel milagro. Pero Tony le explicó que Menelik le había tomado cariño desde que él había intervenido para curarle el lomo cierta vez que había sido herido por los garfios de los amansadores.

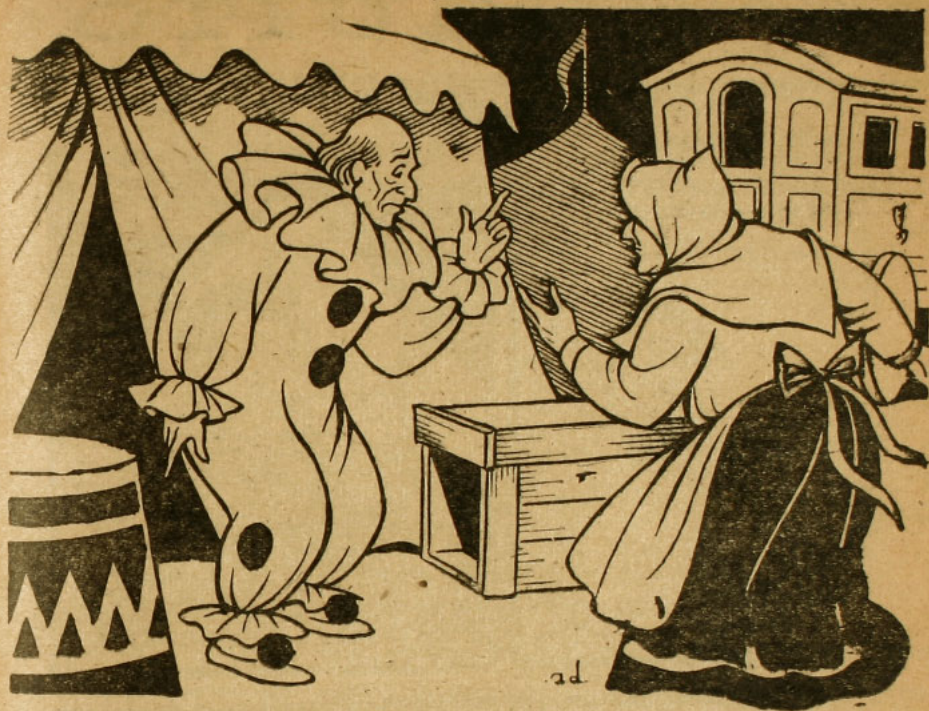
A la mañana siguiente, Fenella, la mujer de Rivanti, se presentó en la carpa que servía de habitación a “Cucaracha”, a contarle, muy alarmada, que los niños estaban en la jaula del león y que allí habían pasado la noche, agregando que el empresario había prohibido dar de comer a Menelik.

“Cucaracha”, pese a lo pálido que estaba con motivo de su enfermedad, empalideció mucho más y no pudo reprimir unos sacudones que estremecieron todo su cuerpo.

—¡Ese hombre es lo más malo que ha nacido en este mundo! —gritó “Cucaracha”, incorporándose en el lecho y saltando de él.

—¿Qué vas a hacer?— interrogó la mujer, llena de curio-





sidad.

—Dime dónde está la comida que tu marido llevaba anoche al león.

—Está en la parte trasera del carromato del empresario, “Cucaracha”, pero no vayas a decirle a nadie que yo te lo conté... La verdad es que te he venido a comunicar estas cosas, para que tú veas que no soy tan mala como muchos lo creen... En el fondo, quiero a los chiquillos y los admiro por los aplausos que cosechan cuando trabajan en la pista, puesto que todo el mundo los aplaude apenas aparecen haciendo su gracioso saludo.

Y sin esperar más detalles sobre aquella delicada situación, “Cucarachá” se dirigió con paso tambaleante hacia la jaula de la fiera.

Cuando los niños le vieron venir, Tony gritó a la chica: —¡Mira, Lunita, quien viene allí!

(Continuará)

MACUQUITO,

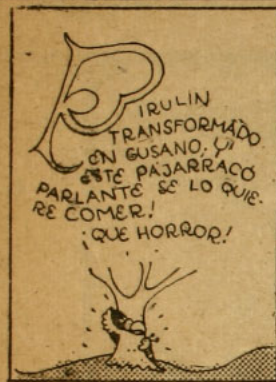


INVENTOR por LUGOZE



El tesoro del FANTASMA

Por TONY



El tesoro del FANTASMA por TONY



MATEITO

POR MELITÓN

¡QUÉ BULLA!.. NO PUEDO ESTUDIAR TRANQUILO.

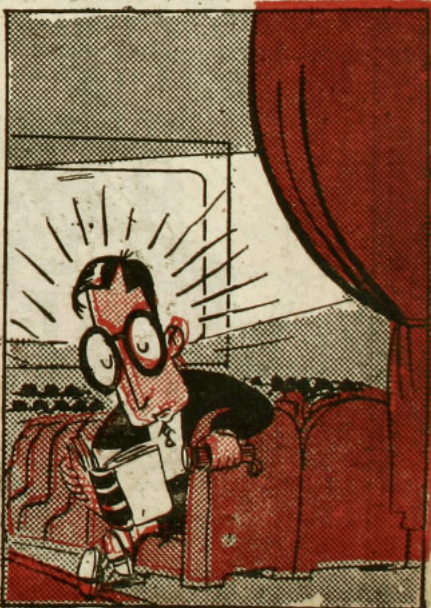


¡MEJOR ES QUE ME VAYA A UN CINE



¡AYÁ!.. ME TOCÓ UNA BUENA PELÍCULA

BOLE



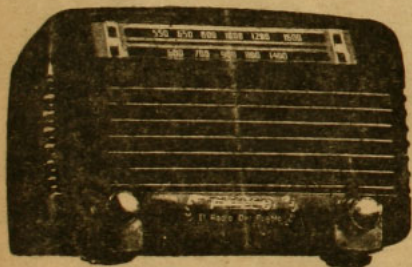
Concurso de Navidad

\$ 50.000.- EN PREMIOS

¡NADA DE CUPONES!

ALADINO, de su lámpara maravillosa sacará hermosos y valiosos regalos para sus amiguitos en la próxima Navidad. Para esto ha organizado un grandioso concurso, en el que tomarán parte todos los lectores de esta revista, sin tener que hacer otra cosa que guardar los ejemplares de ella, coleccionándolos, a fin de conservar el número que lleva cada ALADINO.

Coincidiendo con el sorteo de Navidad de la Lotería de Concepción, ALADINO finalizará es-



te gran concurso, siendo premiados los lectores que sean poseedores de ejemplares, debidamente coleccionados, cuyos números tengan las mismas cifras finales del premio mayor de la lotería.

Los ejemplares de ALADINO, que tengan las CINCO últimas ci-

fras del "gordo", tendrán derecho a los premios consistentes en UNA BICICLETA y UN RECEPTOR DE RADIO. Fuera de los premios mayores habrá miles de



premios en juguetes, libros de aventuras y cuentos, suscripciones a la revista, plumas, fuentes, etc., para quienes posean "ALADINOS", cuyas terminaciones de 2, 3 y 4 cifras también coincidan con el "gordo".

Nº 151404

CUANDO WASHINGTON ERA NIÑO

Jorge Washington fué el primer Presidente de los Estados Unidos de Norte América, pero es una figura universal. Nació cerca del río Potomac, en Bridges-Creek Virginia, el 22 de febrero de 1732.

Su principal característica de niño fué su fiel inclinación a decir siempre la verdad, hecho que le conquistó la estimación de sus profesores y, más tarde, al alto honor de ser el primer ciudadano de la nueva nación que él independizó de Inglaterra.

Cuando niño sus entretenimientos favoritos eran montar a caballo, levantar y lanzar pesos, y la caza, que efectuaba a veces por lugares habitados por peligrosos indios pieles rojas,



con verdadera satisfacción de su vida.

Después de luchar contra los franceses que querían sumar esas tierras de Norte América a su imperio, Washington volvió a empuñar las armas para obtener la independencia nacional y no ser colonia británica.

En 1777 se le dió el título de "Salvador de la Patria" y diez años más tarde el de Presidente.

A su muerte, ocurrida el 14 de diciembre de 1799, dejó en su testamento la disposición de que al fallecimiento de su mujer se diera libertad a sus esclavos.

Como el más grande honor tributado a Jorge Washington por su país, se dió su nombre a la capital federal, donde residen los poderes nacionales.

